

Federico Gamboa y su obra

Análisis de contenido

Las novelas cortas

Guadalupe García Barragán

DEL NATURAL, ESBOZOS CONTEMPORÁNEOS

Las novelas cortas de Federico Gamboa se hallan representadas por las cinco novelas breves de su primer libro, *Del natural, Esbozos contemporáneos*, primera obra original de Federico Gamboa, la cual se publicó en Guatemala en 1889. La había comenzado en México el año anterior, mismo en el que se iniciara en la literatura con *La señorita Inocencia*, su excelente traducción-adaptación del *vaudeville Mamz' elle Nitouche*, de Meilhac y Millaud con música de Hervé. *Del natural, Esbozos contemporáneos* lo integran cinco novelas cortas, precedidas de un prólogo del propio autor: "Anúnciame!": *El mechero de gas*, que comporta siete capítulos, *La excursionista*, seis capítulos, *El primer caso* siete, *Uno de tantos* seis, y *¡Vendía cerillos!* ocho. En Guatemala Gamboa hizo amistad con un pequeño pero selecto círculo de literatos, entre los que se contaban Salvador Falla, Antonio Batres Jáuregui, y en particular don Agustín Gómez Carrillo, padre del renombrado escritor modernista Enrique Gómez Carrillo. Aún no veía la luz su libro cuando Federico leyó a sus amigos el prólogo de éste, el cual les gustó tanto que propusieron al autor a la Real Academia Española, y a vuelta de correo recibió su aceptación como socio correspondiente.

EL MECHERO DE GAS

El mechero de gas, novela inicial del libro, es también, cronológicamente, la primera que el autor escribió. Su plan, trama, desarrollo y personajes, están bien concebidos y realizados. Los protagonistas son dos jóvenes esposos, Javier y Elisa, quienes poco después de su luna de miel sienten llegar el enfriamiento de su amor por escasez de medios financieros. Javier encuentra la protección aparentemente gratuita de un ministro, quien le concede un puesto bien remunerado y desprovisto de obligaciones. Su nueva situación le permite adoptar una amante, Amalia, corista de ópera, y alejarse cada vez más de su esposa. Javier invita al ministro a su casa y el protector vuelve a ella en su ausencia, una sola vez, y aprovechando el abandono y despecho de Elisa —quien acaba de descubrir la infidelidad de su marido— la seduce. Engañado por su amante y por su mujer, Javier renuncia a su puesto y desafía en duelo al ministro, quien rehúsa batirse con él.

En las páginas de *Impresiones y recuerdos* el libro inicial de memorias de Gamboa, éste consigna lo que se refiere a sus dos obras primigenias, *Del natural* y *Apariencias*, sobre todo a aquél, proporcionando bastantes precisiones sobre las novelas breves que integran el libro, en particular acerca de *El mechero de gas* y la quinta, *¡Vendía cerillos!*. Afirma que *El mechero de gas* y *Uno de tantos* se inspiran en casos reales de los que él tuvo conocimiento y sólo alteró un poco el desenlace. Respecto al título de la primera, afirma que la lámpara de gas que le agradaba, es introducida artificialmente como motivo central para justificar el título del relato, y porque "comunicaba a la acuarela toda cierto tinte de distinción y aristocracia"[...]. Y añade:

"Conforme avanzaba yo en mi esbozo, más incongruente me parecía su título; primero porque en México son pocas las casas con alumbrado de gas; sólo se mira en los teatros, en las calles, en los cafés, en el comercio, en las moradas de los ricos y en los templos protestantes"(p. 164).

No obstante lo conserva, declarando: "suprimirlo me causaba pena" (p. 165), y logra muy bien su objetivo. El adulterio de Elisa constituye tanto el suceso principal como el desenlace de la narración. La lámpara de gas, elemento simbólico que justifica muy bien el título de la novela, entra en juego desde el tercer capítulo, preside los momentos decisivos y conduce a Javier a descubrir accidentalmente la falta de la esposa. Ya sea que el autor haya buscado el efecto en forma deliberada o lo lograra sin proponérselo, la luz, natural y artificial, o su ausencia, es mencionada repetidas veces, haciendo destacar con habilidad la supracitada lámpara de gas.

Era la hora en que las niñeras recogen a su inquieto y parlanchín ganado, (...) Había un diablillo de ojos azules que corría sin descanso (...) La voz del niño despertó en Elisa los instintos maternales, siempre abonados a diario en el corazón de la mujer [...]

Le entraron tentaciones de llorar ya no había niños; las intermitencias de la luz eléctrica perfilando las sombras en duros contornos, parecían retar a los tenues y retardados fulgores del crepúsculo [...] (*Ibid.*, 1371) Al pasar por debajo de un foco se mortificó ella, iban de la mano hacía tiempo.

__Si parecemos novios__ se dijeron.

Llegaron a casa muy contentos (...) y de rodillas ante un sofá deshicieron los paquetes de lo que habían comprado, arrebatañdolos los objetos con caricias.

Al levantarse vieron la carta olvidada en un velador, y adelantose Javier a tomarla; había conocido el sobreescrito. __Dame esa carta Javier, ya no tienes secretos para mí.

__No puedo. Es un negocio reservado de la oficina. Voy a leerla y vuelvo. (...)Javier, algo emocionado leyó:

“Javier, bien mío:

“Ocho días sin verte y sin recibir ninguna noticia tuya me tienen como loca. ¡Te quiero tanto! Si has decidido romper conmigo, no me opongo, soy demasiado orgullosa, pero necesito decirte algo muy interesante para los dos. No me conoces y debieras temerme. Si no vienes armaré un escándalo en tu propia casa.

Amalia”

(...) Se despidieron cariñosamente y salió el disparado, tropezando con los muebles de la antesala. Refunfuñó porque no había luz y dejó caer la carta al sacar los cerillos para tomar el sombrero. Elisa curiosa y desconfiada, no quiso advertírselo. Entró, recogió el papel y se acercó a la lámpara. Al concluir de leerlo, una palidez profunda cubría su semblante. Miró el techo profundamente lastimada por esta nueva acción, y ciega de dolor y de ira pensaba en tomar alguna determinación, oyó que anunciaban: __¡El señor ministro...!__ (p.1372; p.1376).

(...) La puerta de la alcoba se abrió y apareció Amalia en ligerísimo traje, que detenía con una mano, mientras con la otra sostenía una bujía a la altura de la cabeza (...) y al descubrir a Javier, que no pudo reconocer, dejó caer la luz gritando: __¡Un hombre, Antonio, un hombre!__ (...) recibió un golpe brutal en la cabeza (p. 1377)

(...) Podía darle un ataque, podía morir así, junto al arroyo como un perro, sin que lo auxiliara nadie, despreciado de su mujer y engañado por su querida. (p.1378)

(...) pobrecilla de Elisa, e ahí la mujer que realmente lo quería. (p.1378)

(...) Amanecía.

Diose prisa a entrar para evitarse el bochorno de lucirse en tan triste estado ante sus criados. Le llamó la atención encontrar a Anita apagando con precipitación el mechero de gas." (p. 1378)

Aquí en el engaño de su esposa encuentro cierta similitud con *El primo Basilio*, de Eça de Queiroz. Gran parte de la narración está hecha no sólo por el autor, sino también por medio de las reflexiones de Javier y Elisa, casi monólogos interiores __y con las de aquél__, en los que los protagonistas revelan sus intenciones y pensamientos, y con ellos su psicología. Javier es amoral, débil y jugador; Elisa sincera, sentimental, dulce y pasiva; el ministro canalla y cínico; Amalia desvergonzada y promiscua. No hay retrato físico de los personajes, a quienes, con excepción del ministro, se nos hace imaginar bien parecidos y jóvenes. Las circunstancias se acumulan gradualmente con el fin de preparar la caída momentánea de Elisa, cuya falta se presenta así muy atenuada, incluso por la ausencia de un bebé, que hubiera salvado a la adúltera a pesar suyo.

El autor evita las opiniones y comentarios personales. La novela termina con el fiasco de Javier en un tono impersonal de ironía burlesca, el cual, de modo muy sutil, se halla presente desde el principio del relato. Bien lograda, esta novela de adulterio, la cual __no obstante la ausencia de pormenores de realismo extremado__ por la trama, los personajes, los incidentes y el tono, tiene parentesco definido con el naturalismo europeo, en particular con el de Guy de Maupassant.

LA EXCURSIONISTA

La excursionista, segunda de las novelas, tiene como heroína a Miss Eva Blackhill, una estadounidense muy alta, bella y de proporciones exuberantes, quien llega a México en tren con un numeroso grupo de turistas de su país. Su reserva misteriosa y el gran pudor de su atavío y su conducta provocan la insatisfecha curiosidad de sus compañeros de viaje. Una vez en la capital mexicana, la existencia de los turistas y de Miss Eva, modestamente instalada en un sitio distinto del de sus compatriotas se desarrollan en forma separada y constituyen los dos temas __principal y secundario__ del relato.

Fernando, joven mexicano, fatuo, rico y tonto, emprende con ardor la conquista de la casta y reservada extranjera, la cual juega hábilmente con su tenaz enamorado. Finalmente, cuando ella acepta una invitación a cenar, Fernando, enardecido por los vinos, trata de besarla, pero Miss Eva se lo impide con un colosal golpe clásico de pugilato que provoca un gran escándalo. En la comisaría adonde la pareja es conducida, se descubre que Miss Eva es en realidad un hombre, un travestido, quien confiesa además ser un filibustero disfrazado de mujer para descubrir la opinión de los mexicanos sobre los vecinos del Norte.

En opinión del autor, *La excursionista* es la más débil de las novelas del volumen. Quizá pensaba así porque no se propuso conflictos ni honduras de sentimiento al crearla, pero la caracterización del conquistador presumido es acertada, así como la de los turistas, tanto en lo colectivo como en lo individual, realizada con una fuerte dosis de ironía crítica y benévola. La historia, más ligera que las otras,

de principio a fin es humorística y divertida, aunque de humor menos refinado que el de *El mechero*. El asunto es original, pues ninguna obra mexicana de ficción del siglo XIX se ocupa de los turistas americanos, y además, Gamboa lo hace muy bien.

EL PRIMER CASO

Esta novela fue escrita para demostrar los peligros que en su tiempo amenazaban la virtud de las mujeres que laboraban en oficinas, ya que hubo el intento de incorporarlas así al trabajo fuera del hogar. Es la historia de Rosita Cortijo, linda joven que se ve obligada a desempeñar un trabajo de secretaria para aliviar la miseria de su familia. Seducida por su jefe, Rosita, quien era la primera mujer empleada fuera de su domicilio, se convierte asimismo en "el primer caso" de un hospital de maternidad de la ciudad de México. Los rasgos más notables de esta novela son la acertada creación de la mayoría de sus personajes y las descripciones contenidas en algunas escenas aunque el de Isaac Cortijo, padre de Rosita, único por su pusilanimidad enfermiza y sus complejos, es extremado hasta lo caricaturesco y difícil de encajar dentro de la realidad. Antiguo monarquista, imbuido de pretensiones de aristocracia, Isaac Cortijo experimenta un temor morboso hacia la triunfante república liberal. Sus miedos y complejos aumentan después de haber sufrido un año de prisión injusta, con lo cual agrava su infortunio, no obstante su bondad y excelentes intenciones.

Lola, su esposa, se perfila ya como una de las heroínas clásicas de Gamboa: mujer fuerte, virtuosa, diligente y abnegada, que sufre en silencio penas y penurias. Es ella quien obtiene para su hija un "lugar de gracia" __como se llamaba a las becas totalmente gratuitas__ en un colegio elegante, y es ella también la primera en sospechar la deshonra de Rosita.

Don Pancho se perfila como un personaje interesante: viejo solterón, protector de la familia y padrino de Rosita, antes de morir revela ser el padre de Lola, cuya madre había estado casada con un hombre que no amaba. Es el primer ejemplo del protector desinteresado, que más tarde encontraremos en varias novelas extensas de Gamboa. Además, el hecho de que Lola sea el fruto de las relaciones adulterinas de su madre con don Pancho, introduce el factor e influjo hereditario __característico del naturalismo__ como uno de los antecedentes para explicar la caída de Rosita, cuya vida de Rosita es narrada desde el día en que nace; su niñez, cuando es la favorita y jefa de los chicos de la vecindad, su triste llegada al internado, su crisis de misticismo propia de una adolescente emotiva; la coquetería extremada que marca el despertar de su feminidad y que motiva su expulsión del pensionado; el regreso al hogar, la entrada en la oficina, el desenlace de sus clandestinas relaciones con el jefe. Todo es reportado al lector. Sabemos que Rosita es muy bella, encantadora, inteligente y vivaz, pero su descripción, sin precisiones fisonómicas, resulta un poco esfuminada e incompleta, menos directa que la de los otros personajes y como relatada por una tercera persona.

La muerte de don Pancho da lugar a algunas de las mejores escenas costumbristas que permiten reconstituir aspectos de la vida contemporánea.

Hacia el fin del quinto capítulo se nota cierta falta de continuidad; Rosita se encuentra enferma el día en que cumple quince años, y aunque su convalecencia y el cambio de conducta que sigue a su enfermedad se mencionan en forma breve, tres párrafos más adelante ya tiene dieciocho años.

Seymour Menton, en su tesis inédita de doctorado, "Life and Works of Federico Gamboa", halla semejanzas entre la infancia de Rosita Cortijo y de Nana en *L' Assommoir*, de Zola, mientras que Joaquina Navarro estima que Rosita es un intento fallido de caracterizar el futuro personaje de *Santa*. Estas y otras similitudes señaladas por los críticos mencionados desaparecen al examinarlas más cuidadosamente, ya que en México como en otros países, los niños de las casas de vecindad y de los barrios suelen jugar juntos. Por otra parte, Nana tiene en casa los primeros motivos y ejemplos de vicio, mientras que el hogar de los Cortijo no es sólo de una moralidad ejemplar, sino hasta timorata, y de sus compañeros de juego lo único aprendido, palabras y expresiones vulgares y malsonantes, lo olvida en el internado.

La seducción de Santa es casi el inicio de la obra, mientras que la de Rosita y su maternidad la concluyen, dejando abierto su futuro a la imaginación del lector

Es indudable que al crear el personaje y vida de la joven Rosa Cortijo Gamboa muestra su interés por la mujer caída, así como la que se lanza a la vida galante y a la prostitución, y que sus caracterizaciones de este tipo __incluyendo las que aparecen en el resto de las novelas cortas del volumen que estoy analizando__ son cada vez mejor logradas hasta culminar muchos años más tarde con la de Santa. Aunque *El primer caso* es más drama que comedia, el tono humorístico se sostiene hasta el final, lo que no es obstáculo para que los amores de don Pancho sean referidos con cierta compasiva ternura, y que las relaciones de Rosita se hallen matizadas de una piedad irónica y tierna.

UNO DE TANTOS

Uno de tantos __cuarta novela corta__ narra el amorío fugaz de Carlos de Winterhall con la diva Jeanette Massé. Una noche Carlos va al teatro para asistir al debut de una compañía segundona de opereta francesa y queda subyugado por la cantante principal, Jeanette Massé. Todo conspira para desarrollar en el joven serio, inexperto y bastante bobo, una obsesionada pasión por la diva, quien llega a ser su amante. Ansioso de gustar más y de reanimar sus desfallecientes relaciones de unos días con Jeanette, Carlos decide jugar para acrecer sus modestas economías. Sofocando sus repugnancias y lo

poco que resta de su rígida moralidad, juega y pierde todo su pequeño capital. Un día después de haber perdido sus ahorros se entera de que ya ha sido reemplazado por otro amante; así viene a ser un hombre más entre otros muchos en la vida amorosa de la Massé.

La caracterización de Carlos de Winterhall refleja la fobia anglosajona de Gamboa. Carlos encarna todo lo que hay de positiva y negativamente convencional en un inglés hipotético: de ascendencia ibera y educado en Inglaterra, Carlos lleva la contabilidad en una negociación de la ciudad de México. Es laborioso en demasía, tímido, ahorrador, de formación puritana, nada imaginativo, cuidadoso de su buena reputación, y posee un discutible título de nobleza. Bien logradas se presentan las actitudes y reacciones de Winterhall y de Jeanette __sobre todo las de la Massé__, bisoño e irritantemente celoso el uno, experimentada y desenvuelta la otra. Como cronista teatral y traductor de un *vaudeville*, cuando escribió esta novela, Federico Gamboa ya tenía un gran conocimiento de la gente y de los medios de teatro, sin contar su experiencia personal en aventuras sentimentales. Si el personaje de Carlos de Winterhall no es siempre realista, el de Jeanette Massé es sumamente vivo, como lo es también el director de la compañía, no obstante que se trata de un personaje del todo secundario y de muy breve aparición.

Seymour Menton __en su ya mencionada tesis__ encuentra varios "puntos de contacto" entre la presente novela y *Nana*, tales como la noche del debut y el ensayo. Yo añadiría uno más: el momento en que Carlos es introducido en el camarín de la cantante cuando ella termina de vestirse, el cual nos recuerda la visita del conde Muffat y de otras personalidades al camarín de Nana. La semejanza general entre estas escenas y las de la novela de Gamboa, ciertamente existe, pero en *Uno de tantos* se basan en la propia experiencia del autor __repito__, procediendo de una realidad cotidiana, tanto o más natural y concreta que la de *Nana*. Teniendo en cuenta la admiración que Federico Gamboa sentía por Zolá, no es imposible que haya sido influido por éste al escoger las escenas mencionadas, pero es asimismo obvio que no necesitaba recurrir a ningún libro para describir lo que tan bien conocía. Por otra parte, en *Uno de tantos* el autor casi no omite nada de lo que se relaciona con las actividades teatrales, en las que el debut y los ensayos tienen enorme importancia.

Gamboa asegura que los amoríos con las artistas procedentes de Francia eran cosa tan usual que pareciera que no había mujeres en la ciudad de México, y que *Uno de tantos* __como *El mechero de gas*__ se basan en una historia verdadera, pero con diferente desenlace. A propósito de *Uno de tantos*, clarifica:

"El caso que yo pinto es exacto, exceptuando la ida de Carlos a una casa de juego". Luego añade, que obstante que *Uno de tantos* se basa en una historia verdadera, tiene diferente desenlace:

En esta ocasión falló la lógica. Yo vi en la estación, al partir el tren, que la diva y Carlos se abrazaron delante de todo el mundo, conmovidos, diciéndose algo al oído, y cuando levantaron la cara, en la de ella había lágrimas, y en la de él amor y sufrimiento. (*Ibid.*, p. 177)

¡VENDIA CERILLOS!

En *¡Vendía cerillos!*, última de las cinco novelas breves que integran *Del natural*, Federico Gamboa es, cronológicamente, el primer escritor mexicano que trata de "los niños de la calle" y su entorno de marginados, el mundo de los pequeños parias sin pan, sin techo y sin familia, que agrupados en bandas viven en las calles y hacen cuanto pueden, legal e ilegal, para subsistir, tocando un tema de punzante actualidad a fines del siglo XX y en los inicios del tercer milenio. No será hasta 1944, medio siglo más tarde, que otra novela mexicana *Yo como pobre*, de Magdalena Mondragón, descienda a tal ámbito del inframundo social de la ciudad de México, aunque muy diferente, el de los "pepenadores" de basura y los barrenderos. Dejemos que el propio Gamboa nos introduzca a ese ambiente de miseria que es el teatro de su novela corta *¡Vendía cerillos!*, y nos presente en forma colectiva a sus jóvenes personajes:

¿Quién va a atinar con la edad de esa nube de chiquillos que andan en la calle asaltando a los transeúntes, ofreciéndoles fósforos, billetes de lotería, periódicos y hasta flores?

¿Qué filántropo ejerce a la intemperie, acariciando a esos niños sucios, indolentes, sin familia y sin moralidad? Todos caminan pálidos, a cuarto de vestir, haciéndose muecas incomprensibles, hablando caló, rechazados, con enfado por el que va de prisa, con asco o temor por la que va de compras, y con brutalidad por el gendarme? [...]

A nadie se escapa el cruel contraste que ofrecen el hijo de una persona acomodada recostado en los cojines de un cochecito que empuja una aya de cofia y delantal, risueño contento, juguetón, y uno de estos hijos del misterio, lívido, con los ojos brillantes, expulsado de un café. Cualquiera al ver al primero, se siente con ímpetus de hacerle una caricia, y al encontrar al segundo, se asegura inconscientemente el bolsillo del pañuelo.

En uno todo es blanco, hasta el cochecito; en el otro todo es negro, hasta el pensamiento. (Cap. I, p. 1476)

En esta novela *Sardín*, el protagonista, es un personaje rebosante de vida, totalmente arrancado de la realidad, en quien el autor recrea con simpatía el carácter de un pequeño granuja sin hogar, Ismael Millán, que describe con encantadora autenticidad en *Impresiones y recuerdos*. Lo conocía bien, lo empleaba en pequeños quehaceres ___por cierto nada respetables, como localizar a sus conquistas___, y hasta cierto punto era su protector. Ismael se hallaba enamorado de una pequeña vagabunda, "chiquilla despabilada y perversa", que también existió, y a quien convierte en la Matilde de la historia de Federico Gamboa, de la cual Ismael estaba enamorado. Sobre ambos personajes reales el autor borda su historia ficticia, pero verosímil. Algunos rasgos del temperamento y ciertas hazañas del pillo verdadero son traspuestos, modificados, de Ismael a *Sardín*. En la novela, este último debía su apodo a un hábil hurto de sardinas que alimentaron a toda la famélica banda de chamacos, en un mal día en que no habían podido comer nada. Este robo lo cometió el auténtico Ismael Millán al sustraer pescuezos y cabezas de un modesto restaurante callejero, aunque, en la vida real sí fue descubierto, y Gamboa pagó su costo al furioso pollero esquilado.

En *¡Vendía cerillos!*, *Sardín*, el héroe, guardaba recuerdos de una infancia feliz. Adoptado por un matrimonio de buena posición económica, de quien creía ser hijo, es tratado más tarde como sirviente. Acusado de un robo que no cometió, huye para evitar la correccional y es acogido por un grupo de rapaces vagabundos, de los que formará parte. Matilde, chicuela de la banda, se encarga de iniciarlo en las actividades de la pandilla. Una gran amistad y afecto ___que para *Sardín* llegará a transformarse en amor___ hace que él y Matilde se vuelvan inseparables. Mas *Sardín*, quien a pesar de la perversión inevitable que adquiriera en los años transcurridos en la compañía de los jóvenes pillos, conserva todavía ciertos principios morales aprendidos en otro tiempo, se rehúsa a hacerla su amante y sueña incluso con casarse con ella.

"*Sardín*, que podía dar cátedras de disolución a un aventajado abate de la regencia, sufría horriblemente al considerar que Matilde, almacén de todas sus afecciones, sabía tanto como él y estaba expuesta a acabar de perderse antes que él. Sin manifestárselo, la cuidaba incesantemente teniéndola al alcance de la vista para conocer sus actos y al alcance de su brazo para impedirle la caída."(Cap. II, p. 1485)

Su deseo no pasa de ser un sueño, por imposible de realizarse en un futuro próximo. Matilde no lo ama, pero lo quiere a su modo, y no puede comprender los rechazos y delicadezas de *Sardín*. Se desarrolla y embellece; termina por abandonar la banda e ingresar en un prostíbulo. *Sardín*, quien primero había pensado matarla, no tiene valor para hacerlo; se quita la vida arrojándose a uno de los viejos canales que aún había en la ciudad y muere ahogado. Tenía quince años, y había vivido cinco con sus compañeros de miseria. Al día siguiente, frente al cadáver identificado por un policía, se desarrolla el siguiente breve diálogo entre este último y el empleado que debía firmar la boleta para la inhumación:

___¿Y dice usted que es suicidio?, se informó por curiosidad.

___Así parece, respondió el agente de policía. ¿Quién podía interesarse en la muerte de un fosforero?

___Es verdad. ¡Vaya un pillo menos! ___repuso al firmar.

¡Y ésa fue la oración fúnebre de *Sardín*!

Con estas líneas concluye *¡Vendía cerillos!*

Casi en forma unánime la crítica señala que en estos cinco relatos ___desde en el título___ ya se encuentran bosquejados la mayoría de los elementos y la temática de las novelas siguientes de Gamboa, así como el tono, personajes y sentimientos. En efecto, ya se ven en ellos el interés por los marginados ___aquí incluyo a las rameras___, los deslices de conducta, el adulterio, la mujer seducida y la que se corrompe y prostituye; el amor como causa de placer, de sufrimiento y de pecado; la predilección por la mujer, la tendencia a exaltar las virtudes de la esposa y de la madre, el amor por los niños y la piedad hacia los desheredados; los personajes masculinos generalmente débiles y abrumados por pasiones invencibles. Los protagonistas carecen de una descripción fisonómica definida, como el color de los ojos y el pelo; en general ___con excepción del filibustero que en *La excursionista* posa como Miss Eva___ no se sabe si aquéllos son de elevada o de baja estatura, delgados o robustos, etc.; ausencia de una descripción física detallada de la que también carecen algunos personajes de las novelas extensas; las escenas, los tipos y episodios que se repetirán mejor desarrollados en ellas. Enumero algunos: el desfile de toreros que aparece brevemente en *Uno de tantos*, y más tarde en *Apariencias y en Santa*; la incompreensión del sacerdote que expulsa a Matilde de la iglesia en *¡Vendía cerillos!*, y la del sacristán que obliga a Santa a abandonar el templo donde oraba. La ciudad de México, que tiene un interés protagónico en las novelas extensas, empieza apenas a esbozarse en algunos momentos importantes de la acción de alguno de los relatos breves. El mexicanismo apasionado de Gamboa no se muestra aún en éstos.

Hay una diferencia fundamental entre las novelas breves y las extensas del autor: el tono, por lo general festivo, y los incidentes humorísticos que aparecen en las cinco primeras novelas cortas ___con excepción en *¡Vendía cerillos!*, en la cual domina lo dramático___ casi no volverán a verse en el resto de la

narrativa de Gamboa, incluyendo la postrera novela corta, *El Evangelista* de la que repito, trataré posteriormente.

Los sentimientos de Sardín están más o menos idealizados, pero su comportamiento es verosímil; a menudo leemos en la prensa actual de todos los tiempos casos de adolescentes de clase humilde que se quitan la vida por decepciones amorosas. El suicidio es entre ellos una realidad, que la crítica exagera al considerarla exclusivamente como recurso romántico.

El autor declara que este último relato, su preferido de los cinco del volumen, había sido el más criticado desde la publicación del libro; sobre todo por el desenlace, considerado enteramente sentimental por algunos críticos. Joaquina Navarro expresa al respecto el siguiente juicio, en *La novela realista mexicana*.

El final es teatral: la última moneda que gana Sardín en su comercio se la da a un ciego para que rece por dos niños muertos. Con Sardín da principio la larga serie de héroes sentimentales de las novelas de Gamboa. En este episodio, además, la acción se hace lenta, adobada de mucha más filosofía social que en los cuentos anteriores. Las escenas también pasan también con violencia del extremo realista al romántico poético: Matilde se imagina un soñado matrimonio con Sardín en la catedral llena de resplandores (p. 263).

El aserto de Joaquina Navarro es injusto, pues lo que ella cataloga de extremo realista, alude sin duda a un episodio de *¡Vendía cerillos!* de bien logrado y, __paradójicamente__ discreto naturalismo. Se trata de la noche en que por primera vez, *Sardín* y Matilde iban a pasarla solos bajo el mismo techo en recinto cerrado, en el Pabellón Morisco de la Alameda.

Navarro expresa, es verdad conceptos muy interesantes, así como algunos juicios bastante certeros. Pero en el vasto apartado que en su libro Navarro dedica a Federico Gamboa, su estudio adolece de prejuicio, de una aceptación completa e indiscriminada de todas las opiniones y errores de Mariano Azuela acerca de Gamboa (Fernando Alegría llama a Azuela con razón "su crítico más injusto" en la *Breve historia de la novela hispanoamericana*).

Además, Navarro incluye y adopta los juicios del artículo-libelo de Jorge Useta (José B. Ugarte), "Federico Gamboa. Apuntes de crítica literaria" ,

El estilo familiar de estas novelas cortas, Joaquina Navarro lo encuentra "chabacano a veces", lo cual tampoco es acertado. Gamboa trata de transcribir, en varias ocasiones el habla coloquial de los personajes; pero lo hace en forma atenuada, pasándolos por el tamiz de su propio lenguaje. Respecto a los sueños de *Sardín*, quien había vivido los primeros años de su existencia en un medio social diferente.

Otro tanto puede decirse de algunas de sus críticas sobre los relatos anteriores las novelas que preceden a ésta.

Federico no pudo saber en qué acabó la existencia de Ismael Millán y su novia, pero supuso que ésta, "si no ha parado en la que yo la hago parar, será por un milagro inexplicable de casualidades" (p. 181).

El personaje de *Sardín* posee una vida extraordinaria, y el de Matilde muestra una buena caracterización de chiquilla del arroyo. Las circunstancias y los episodios de la existencia de *Sardín* y de sus amigos son igualmente pintorescos y convincentes; diríase que son cuadros rápidos de novelas picarescas, ambientadas en el siglo decimonónico.

Para concluir el análisis de las cinco novelas que integran el volumen *Del natural/Eszbozos contemporáneos*, vale la pena cederle la pluma a Manuel Gutiérrez Nájera, en su elegante y atinada reseña "*Del natural*, de Federico Gamboa", en la cual indica con precisión _pretendiendo no hacerlo_, cuál es la única debilidad que él halla en las historias que integran el libro.

Con este título ha publicado en Guatemala mi buen amigo, el joven literato don Federico Gamboa, una preciosa colección de novelitas, o mejor, de cuadros sociales, escritos al correr de la pluma, con notable desembarazo, casi hablados, en un estilo, que sin ser atildado ni muy sumiso a las pragmáticas y cánones de la Academia, hechiza por su desgaire, por su naturalidad y su gracejo [...]. En cuanto al estilo, nada tengo que aconsejar al señor Gamboa. El suyo ya tiene brillantez, flexibilidad y despejo".

Con leer atentamente a Jovellanos ganaría mucho el autor del libro a que me refiero, porque Jovellanos, a mi juicio, es el médico mejor que hay para curarnos de las enfermedades gramaticales que por contacto contraemos los devotos de la literatura francesa.

Federico Gamboa empieza su obra original y de narrativa con cinco novelas cortas, y concluye asimismo su producción de este género con *El Evangelista*, sexta novela breve y penúltima de sus obras de ficción, que escribió por encargo de la *Pictorial Review of New York*, y apareció, según el autor, en el número correspondiente a marzo de 1922, hasta ahora inhallable. La publicó en libro en 1927, en la colección de novela corta de la "Librería Guadalupana" __. Yo proporciono más informes al respecto en el análisis de dicha novela, que se encuentra antes de las novelas largas.

Impresiones y recuerdos. México, E. Gómez de la Puente, Editor, 1922, capítulos XII, "Mi primer libro" (pp.161-182), y XVII, "Historia de *Apariencias*" pp. 263-275. TODAS LAS CITAS DE IMPRESIONES Y

RECUERDOS provienen de esta edición, por lo que en lo sucesivo sólo proporcionaré el capítulo y la página. Para los lectores que únicamente tienen a mano la reedición de dicho volumen en CONACULTA, es muy fácil localizar la página de la cita, porque consigno el nombre y el número del capítulo.

El mechero de gas, cap. III p. 1370. En *Novelas de Federico Gamboa*. Pról. de Francisco Monterde. México, FCE, 1965 (Letras Mexicanas) p. 1371 (Anita era la criada de Elisa y Javier). TODAS LAS NOTAS SOBRE LA NOVELÍSTICA DE GAMBOA __EXCEPTUANDO EL EVANGELISTA__ PROCEDEN DE LA MISMA EDICIÓN, POR LO QUE EN LAS SIGUIENTES SÓLO SE ANOTARÁN LA PÁGINA, LA PARTE __EN LAS NOVELAS EXTENSAS__ Y EL CAPÍTULO, PARA QUE EL LECTOR LAS LOCALICE CON MAYOR FACILIDAD EN CUALQUIERA OTRA EDICIÓN.

Los pasajes de *Impresiones y recuerdos* donde trata de Ismael Millán son magistrales, tiernos y plenos de humor. Quizá el enfoque sentimental que asume al escribir sobre *Sardín*, decrece el encanto con el que pinta al personaje original en el capítulo "Mi primer libro", de su volumen inicial de memorias,

Joaquina Navarro, *La novela realista mexicana*. México, Compañía General de Ediciones, 1955.

Cap. III, pp. 1489, 1492.

Cien años de novela mexicana. México, Botas, 1947.

Véanse mis siguientes artículos, en los cuales demuestro más que satisfactoriamente, que todas las supuestas flaquezas de Federico Gamboa, se basan en confusiones y olvidos del propio Azuela: "Mariano Azuela, crítico de Federico Gamboa", en *Actas del Séptimo Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, celebrado en Venecia, del 25 al 30 de agosto de 1980. Compilador, Giuseppe Bellini. Roma, Bulzoni Editore, 1982. Vol. I, pp. 485-491; "Federico Gamboa en la crítica de Mariano Azuela", en *Revista de la Universidad de Guadalajara*, (nov.-dic. 1994), pp. 57-60.

Fernando Alegría, 3a. ed. México, Ediciones de Andrea, 1966 (Historia Literaria de Hispanoamérica, 10)

En *El Libro y el Pueblo*, t. IX, núm. 3 (México, mayo de 1931), pp. 8-10.

Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras*. Vol I. *Crítica literaria. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*. 2a. ed. aumentada. México, UNAM, Coordinación de Humanidades, 1995 (Nueva Biblioteca Mexicana, 4)